

LA CARA Y EL ESPEJO

«**N**O se resuelven los problemas negándolos, ni exagerándolos, ni planteándolos de una manera falsa. No se pueden ignorar pura y simplemente los problemas que se plantean hoy a la Iglesia, a la teología y a los individuos. No es posible predicar la fe de una manera convincente sin abordar de verdad los problemas que preocupan a los fieles y al ambiente en que ellos viven. El hecho de hablar de todo esto no denota una falta de sentido de Iglesia, como si éste consistiera en negar los nuevos deberes y los problemas nuevos. Pero para afrontar estos problemas hay que estudiar y trabajar en el espíritu de la Iglesia y del Concilio.»

La cita es de la última declaración colectiva del Episcopado alemán y merece encabezar este editorial. Porque el tema es vivo, puntantemente vivo, en esta España en que escribimos. A nuestra Redacción llegan cartas, en ocasiones hasta llenas de la más fraternal amistad, que se preguntan por qué insistimos en una línea de duro realismo, de exigencia incómoda, en editoriales y artículos. Se utilizan muchos argumentos: la veneración y la obediencia, el prestigio de la Iglesia en España entre los extranjeros, el desaliento que puede cundir, la intrínseca santidad de la Iglesia, etc. A todos respondemos desde aquí que también a nosotros nos duelen, y no menos que a ellos, las cosas que aquí tenemos que escribir. Que gozaríamos mucho más pintando todo con una paleta llena tan sólo de matices dentro del color de rosa. Una paleta en que el tono general se describiese como optimista, el Episcopado sin problemas, el clero sosegado, la sociedad profundamente cristiana, el mundo en paz y en orden, la transformación social lenta, sosegada y seguida de cerca por la Iglesia, la teología no problemática, las estructuras eclesiales completamente adaptadas al Concilio... Amamos a la Iglesia lo suficiente para dolernos mucho tener que decir que un cuadro tan risueño no sería veraz. Para sentirnos obligados a decir que nos desasosiega la situación, que nos duele el desfase que se ha producido entre Iglesia y mundo, y que no creemos que esa situación pueda remediarse sin que todos tomemos una viva conciencia de que existe.

Queda claro que queremos ser espejo. Espejo fiel, limpio, clarísimo. Acertaremos o no, pero esa es nuestra intención. No siempre las realidades que hay que reflejar son gratas, pero siempre aspiramos a que sean fielmente reflejadas. Y a quienes se duelen de que hayamos asumido la ingrata tarea, en términos, por otra parte, nada amargos ni derrotistas y harto más suaves que otras muchas publicaciones, responderemos aquello de que: «Arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué».



EDITORIAL

INCUNABLE

EN ESTE NUMERO:

- ¿HACIA UNA INSTAURACION Y GENERALIZACION DEL BAUTISMO DE ADULTOS?, por Benjamín Forcano (pp. 5-10).
- ¿ES LA PASTORAL UNA EMPRESA?, por José Delicado (páginas 15-19).
- EL PARTO CON DOLOR DE UNA IGLESIA QUE RENACE, por Celso Montero (pp. 23-27).